



Estilo

SEMANARIO DEL FALANGISMO VALLESANO
DIRECTOR C. COLOMER MARQUÉS

AÑO II

GRANOLLERS, 3 AGOSTO DE 1941

NÚM. 49

UN EDITORIAL DE "ARRIBA"

LA MARCHA DE LA GUERRA

Si los impacientes se limitan a montar sus previsiones sobre temas de la propaganda enemiga, desde luego habrán de considerar calamitoso que a las cuatro semanas de guerra las vanguardias alemanas no hayan conseguido llegar a las vertientes del Ural. Gracias a Dios, la guerra está conducida por manos serenas y contemplada por ojos a quienes el anhelo no priva del buen sentido, y el más ajeno a los pronósticos militares sabe a estas alturas que la campaña contra la U. R. S. S. ha pulverizado gloriosamente todas las lógicas, ha desmontado en treinta días un portentoso tinglado bélico preparado concienzudamente contra Europa y que ni siquiera el más contumaz entusiasta del Imperio británico daría hoy un chelín por la suerte de los comunistas aliados.

Es cierto que el éxito más grande de la gigantesca ofensiva germánica reside en el hecho de que, sin conceder al enemigo un segundo de reposo, la vanguardia del Reich no pierda el contacto de fuego con los que huyen. Para los consejeros históricos de la estrategia la desventura de la empresa bonapartista consistió en que la masa rusa eludió el combate siempre que le fué posible y que el Ejército de maniobra francés no consiguió más que en contadas ocasiones poner en juego su instrucción y su táctica. Y he aquí que desde el comienzo de la ofensiva en el Este los alemanes, en un compromiso de velocidad adquirido por ellos mismos en todas sus campañas, han hostigado de tal manera el repliegue soviético que por horas se precipita el fin de todas las unidades de maniobra soviéticas.

No se trata ya de presentar las enormes cifras de prisioneros y de botín, sino de demostrar que si la táctica a base de grandes masas motorizadas ha dado hasta ahora un resultado asombroso es en el caso de la U. R. S. S.

La profundidad del avance alemán es hoy cuatro veces superior a la que alcanzó la línea de ofensiva del Reich una vez pulverizada la línea Weygand.

Han sido reconquistadas casi por completo Estonia y la Besarabia, y la marcha hacia el corazón de Ucrania amenaza a Kiev por tres sitios, mientras audazmente las divisiones blindadas penetran implacablemente en la extensa zona fortificada de San Petersburgo. Escribía humorísticamente hace días un periodista español que los que se limitan a planear la guerra sobre las mesas de café debían tener en cuenta en esta ofensiva que las ciudades rusas «apenas si producen otra cosa que faroles y asfalto, mientras que la enorme tierra que se abre en una espléndida cosecha está amenazada de destrucción y de incendio».

Desde luego no tenemos intención de argumentar frente a los aliados del comunismo, porque cada español tiene bien aprendida la dirección y el alcance de la guerra y comprende que la victoria germana ha llegado en estos días a su punto culminante. Los bombardeos sobre Moscú y el hostigamiento incesante al Ejército soviético demuestran que hemos llegado a una fase acaso decisiva de la gran contienda, y lo más probable es que pronto un comunicado sensacional dé vigencia militar a estos pronósticos y deseos nuestros.

Ni los consejos ingleses, ni los instructores y altos mandos, y mucho menos esa hipotética y lejana ayuda norteamericana, han de llegar a tiempo. El desenlace se precipita por horas, y las tropas de refresco, hambrientas, mal instruidas y peor municionadas, van convirtiéndose en una estremecedora y trágica masa al alcance de la puntería germana.

Desde que los primeros cañonazos germanos abrieron brecha en el frente Oriental todos los cálculos han sido desbaratados por la combatividad de un Ejército que se siente en estos momentos ayudado y asistido por la conciencia de Europa entera. El sino de la U. R. S. S. es demasiado claro y no le pueden quebrar ya ni los recelos de los impacientes.

(«Arriba», 27 Julio de 1941).